



# *Acercamiento antropológico de la escucha*

**Antonieta Potente, OP**

Recorrer los complejos hilos de la trama ético-existencial de la escucha; este artículo es simplemente un homenaje a la escucha y a sus órganos principales, y a todos los y las que, a lo largo de la historia, han escuchado y siguen escuchando, *desde lo alto de los cielos*, o desde los profundos abismos “*para dejar a los sonidos ser ellos mismos*”

---

Recorrer os complexos hilos da trama ético-existencial da escuta; este artículo é simplesmente uma homenagem à escuta e a seus órgãos principais, e a todos os e as que, ao longo da história, tem escutado e seguem escutando, *desde o alto dos céus*, ou desde os profundos abismos “*para deixar os sons serem eles mesmos*”.

Todo el mundo que me conoce, sabe esa historia. La explico continuamente. En cualquier caso, en aquella habitación silenciosa, escuché dos sonidos, uno agudo y otro grave. Después le pregunté al ingeniero responsable por qué, siendo la habitación tan silenciosa, había escuchado dos sonidos. Me dijo: “Describálos”. Lo hice. Me dijo: El agudo era el funcionamiento de su sistema nervioso. El grave era la circulación de su sangre (John Cage).<sup>1</sup>

*El funcionamiento del sistema nervioso... la circulación de la sangre...* quizás, es ésta la expresión más común de nuestra escucha. O, quizás, este ejemplo, nos hace caer en la cuenta de esta bellísima posibilidad que tenemos, desde nosotras/os, sobre todo cuando *la habitación* —como dice John Cage— o más todavía la realidad, son *tan silenciosas*. Sin embargo, el desafío, para todas/os nosotras/os, es el de transfigurar el oír en escucha.

Es así como intento esbozar este artículo, entre sonidos agudos y graves; y lo primero que hago es preguntarme ¿qué entendemos por escucha? Y más: ¿qué significa acercarse antropológicamente a la escucha?

Sin embargo, mientras esbozo este cuadro con intensos claroscuros, me llega, insistentemente, el eco de

una de las últimas noticias: terremoto en Haití. En este caso, la realidad se silencia repentinamente y me parece estar en una *cámara anecoica*, un espacio pensado y construido totalmente —techo, paredes, piso— para absorber y anular completamente las reverberaciones del sonido. Y así es, para mí, la situación de Haití; espacio en que de repente se anulan las reverberaciones de cada sonido y, con ello, cada pensamiento y visión.

A las primeras preguntas, entonces, añado otra: ¿escuchar qué o a quién?

De por sí, adelanto que no contestaré a estas inquietudes, porque pienso que estas preguntas no tienen respuestas ciertas, sobre todo añadiendo este último detalle de lo acontecido en Haití, en donde cada pregunta, formulada por ideologías o doctrinas, de repente se ha transformado en la única grande cuestión existencial del ser humano y de todos los seres, sintetizada en el derecho más elemental: el derecho a vivir, y manifestada en miradas e intensos silencios.

Lo que haré entonces, será simplemente recorrer los complejos hilos de esta trama ético-existencial y al final, este artículo será simplemente un ho-



Sin embargo, el desafío,  
para todas/os nosotras/os,  
es el de transfigurar el oír en escucha.

menaje a la escucha y a sus órganos principales, y a todos las y los que, a lo largo de la historia, han escuchado y siguen escuchando, *desde lo alto de los cielos, o desde los profundos abismos*.

## 1. LO ANTROPOLÓGICO

Con respecto a lo específico de este título, considero casi retórico recordar que hablar de antropología significa hablar del ser humano en sus múltiples dimensiones: biológica, sociológica, cultural, sapiencial, espiritual, etc.

Arte de la curiosidad humana, la antropología, a lo largo de la historia, se desenvuelve toda alrededor de nosotros, los seres humanos, individuos y pueblos. Percepción del ser y de sus organizaciones colectivas, sociales y culturales; pasando a través de una larga historia entre *evoluciones, revoluciones y revelaciones*. Desplazamientos continuos de ideas e historias que, junto a nuevos descubrimientos y nuevas comprensiones, se tornan filtro de lectura de la situación real del ser humano y luego se sistematizan entre especificidades y métodos: *paleontología, genética, etnología, etnografía, geología y arqueología prehistórica e historia*.

Con esto, está claro que, cuando hablamos de antropología nos referimos a algo *que carece de un significado unívoco*<sup>2</sup>, así que, entre asombros,

dudas y múltiples interpretaciones, llegamos a nuestra época contemporánea, tras postmodernidad o hipermodernidad, sin todavía tener una definición única de antropología. Lo que sin embargo podemos percibir, es que, dentro de un marco muy amplio, hoy en día llegamos a hablar de nosotros los seres humanos, reconociéndonos en una extraña y profunda simbiosis con nuestro entorno: una verdadera y propia: eco-antropología. Este nuevo *arjé* o principio que nos revela profundamente ligados a los demás seres y recursos naturales, nos invita a repensarnos y, entonces, a repensar también nuestra escucha.

Así que, volviendo a lo nuestro, más allá de cada definición que podemos dar de este arte antropológico, percibimos que la escucha es una entre las diferentes y complejas posibilidades humanas, hecha de historias y culturas, pero también de geografías y sensibilidades, entre imaginarios individuales y colectivos diferentes.

¿Qué enfoque escojo yo para hablar de eso? ¿A qué antropología me refiero? Sinceramente no sé, ni me esfuerzo para saberlo. Lo único que sé, es que no quiero alejarme de la elocuente rea-

Hablar de antropología significa hablar del ser humano en sus múltiples dimensiones: biológica, sociológica, cultural, sapiencial, espiritual, etc.

lidad, que sobresale, imponiéndose a nuestros oídos, buscando —entre los intersticios de nuestros oídos— acogida y complicidad.

En esta perspectiva, entonces, hablamos de escucha, como posibilidad que tenemos de volver a tejer relaciones que nos den la posibilidad de recuperar las más sutiles y profundas tramas de la historia eco-humana de nuestros tiempos. Y aquí, entonces, un primer dato importante: la escucha, sin el contexto, no es verdadera escucha; la escucha sin estas múltiples geografías y sus infinitas subjetividades, no significa nada. En la escucha los pueblos han crecido, han aprendido, han hecho procesos de cambio siguiendo nuevas trayectorias y descubriendo diferentes criterios para interpretar la vida. No sólo las religiones son propietarias de este arte antropológico, ni sólo las culturas sistematizadas en eruditas síntesis. La escucha es propiedad de lo humano, derecho a un aprendizaje constante, así como a la búsqueda y a la hermenéutica que tantas veces, sin embargo, el miedo a la alteridad y a lo desconocido, silencia y oculta para que todo siga su curso normal sin ninguna alteración y posibilidad de cambio.

La escucha está relacionada con la historia y la historia es parecida al *Tremendum Mysterium*, que desconcierta la razón y provoca pánico, que no invo-

lucra sólo a los órganos auditivos, sino otras sensibilidades y que no se desvela sólo entre el *vestíbulo y el altar del templo*, sino en las coordenadas más comunes de la existencia humana y cósmica. No sólo donde reside el sacerdote antes y durante la ofrenda del sacrificio, sino donde reside el pueblo, fuera del templo, como describe sutilmente Lucas, en su evangelio (Cf. Lc 1, 8-22).

Probablemente lo que tenemos que rescatar es exactamente esto: el lazo entre la escucha y la realidad, la historia y sus ritmos; ritmos ecoantropológicos, ritmos de la vida. Ritmos que hay que asimilar para poder aprender a vivir juntos, en esta complejidad histórica, en donde, hoy en día, nadie puede pensarse hijo único ni en su cultura, ni en su religión o en su género y especie. *En el pasado, la interrelación entre los hombres era más una teoría que una praxis. Hoy en día, es un hecho existencial* —escribe Raimon Panikkar—.

Ninguna cultura, ninguna religión, puede resolver por sí sola el problema humano. El hombre no se limita al hombre blanco, al marxista o al hombre rico. La identidad humana ya no se define en términos



Este nuevo *arjé* o principio que nos revela profundamente ligados a los demás seres y recursos naturales, nos invita a repensarnos y, entonces, a repensar también nuestra escucha.

de civilización, de cristianismo, de educación o de ciudadanía nacional o imperial. De ahí la absoluta necesidad de una fecundación mutua entre todas las tradiciones humanas (...) Todos estamos vivencialmente relacionados y la solución nunca podrá ser unilateral. (...) La salvación viene de arriba y de abajo, de la derecha y de la izquierda, de dentro y de fuera. Cualquier mesianismo resulta sospechoso<sup>3</sup>.

La escucha de esta *realidad real* —para utilizar una expresión de Octavio Paz— ciertamente no es sencilla, porque no tenemos que ver con ideas claras y distintas; ni con gestos homologados y con sonidos nítidos. Escuchar voces tiene diferentes efectos y reacciones, a veces opuestas y paradójicas.

Sin embargo, percibimos que detrás de una cultura que intenta globalizarnos, la diversidad y todos sus fractales reflejos, son un dato importante.

## 2. ANATOMÍA DE LA ESCUCHA

Como siempre y especialmente en espiritualidades dualistas, en que se ha separado la sensibilidad del espíritu de la del cuerpo, pensamos que la escucha intensa de Dios y de la realidad, no tengan nada que ver con el largo itinerario anatómico que nos inicia

a este gesto ético. Y es por eso por lo que, antes de ahondar en esta actitud me gustaría adentrarme en las fibras más secretas de la fisiología humana para descubrir qué acontece cuando escuchamos.

Es verdad que por la escucha, se engendran bellísimos y secretos itinerarios interiores, se cultivan encuentros y sueños y perspectivas de paz (Cf. Sl 85,9). Se abren caminos de profundas reconciliaciones en el ser y entre los seres y nuestro entorno. Pero todo eso no está separado de la compleja anatomía de nuestro órgano auditivo que, probablemente, conocemos muy poco para poder valorarlo y aprovecharlo.

El oído, esta extraña escultura de los seres vivos, parte de los órganos que permiten el equilibrio y la audición. Órgano desarrollado no sólo entre los seres humanos, sino en muchísimos animales, terrestres y acuáticos, como los cetáceos, que, en algunos casos, superan las capacidades de audición de los seres humanos. En todos estos seres vivos y por la anatomía del órgano auditivo, es como si se trazara un recorrido. Así que podríamos decir que este órgano nos abre a un camino: *bodos* —en griego—, y por eso se torna un preciosísimo órgano del método (*meta-bodos* = camino hacia).



La escucha, sin el contexto,  
no es verdadera escucha

Este recorrido sigue comúnmente, un itinerario por zonas: oído externo, medio, interno. Enramado elástico, entre cartílago y piel, sensibles fibras musculares; un verdadero espacio: *pa-bellón auricular*. Y luego un conducto exterior, con sus propias estrategias de defensa, para guardar las cosas que acontecen en la interioridad. Una compleja arquitectura; corredores que armónicamente unen sensibilidades y comprensiones (oído medio), interminables intersticios de conexión entre una y otra parte. Formas geométricas surrealistas, entre conos, superficies planas, ovaladas y cilíndricas. Miniaturas de huesos, capaces de alquímicas transformaciones. Acogidas de ondas sonoras, que permiten avisar la llegada de algo o alguien, y que transitan el largo corredor o laberinto de nuestras posibilidades auditivas. Un recorrido que no sirve para confundir como si se tratara de un laberinto humano, sino para permitirnos quedar en equilibrio, entre la noción de espacio y movimiento.

Entonces, escuchar bien es también fuente de equilibrio, los oídos no sirven sólo para escuchar algo sino para quedarnos misteriosamente en equilibrio, entre psique, entorno comunitario y cósmico. Escuchar bien, es gesto ético para poder vivir.

### 3. ENTRE ESCUCHA Y VISION: UNA VERDADERA LECTIO DIVINA

El oído, este delicado órgano que tiene la capacidad de despertar las sensibilidades, las ideas, pero también las visiones, como describe bellamente el autor o la autora del Primer libro de los Reyes (19, 11-13); entre percepción de “alguien que pasa” y lo que acontece: *voz de sutil silencio*. Escuchar y ver, implica nuestra múltiple y multiforme sensibilidad. En la perspectiva bíblica se desvela un juego sutil entre palabras y acontecimientos y, entonces, entre la escucha y la visión. El mismo idioma bíblico se lo define como el idioma de la visión, palabra creada para traer a la mente; evocación de movimientos y gestos, más que de conceptos para *analizar ingeniosamente las ideas*. *Dabar y Debarim*, palabra y acontecimientos; así que se escucha para aprender a ver y se mira, para poder escuchar. Escuchar es entonces dejar que algo se desvele, no por haber entendido conceptos sino por haber visto, oído y palpado la vida (Cf. 1Jn 1, 1-4). Escuchar, es, según la tradición bíblica, el único imperativo ético-místico de la vida. Así que tampoco las Escrituras, se comprenden simplemente por los conceptos que las



Escuchar bien es también fuente de equilibrio, escuchar bien, es gesto ético para poder vivir.

palabras expresan, sino por el sonido y la visión de los hechos que nos alcanzan desde la realidad. Una “palabra”, entonces, que llega al ser humano de modo imperioso y le *asalta* a través de hechos reales y no por simples conceptos, sino *hechos que provocan en su conciencia, el incendio del verbo...*<sup>4</sup>.

De por sí esto no es contrario a lo que sucede en la sensibilidad y en la cotidianidad de nuestro estar en un contexto. De por sí cuando queremos explicar qué es el sonido, hablamos de impacto, recorrido de una onda a través de un medio material: gas, líquido o un simple objeto. Esta irrupción o incidencia sobre una superficie tiene un efecto de reflexión que devuelve la onda sonora y un efecto de absorción que absorbe parte de la energía de la onda tras el impacto. Mensajeros de los sonidos son el aire, el viento —se dicen en muchas culturas— y muchísimos, el agua. Se entiende porque entonces, Jonás vuelve a escuchar desde el vientre de una ballena, espacio húmedo y probablemente vientre de uno de estos animales marinos que tienen sus órganos auditivos muy desarrollados. Pero también espacio vital, espacio existencial, acumulación de plancton, para poderse nutrir. ¿Qué significa esto? El lazo entre la realidad y el oído son muchos; todo nos toca, nos alcanza, como reflejo o como presencia que se impone. Entonces, no quitar

la mirada de la realidad, del vecino, del próximo, de la alteridad y del entorno (Cf. Is 58, 7); un desafío, algo que casi nos suena como utopía, iniciación a un viaje y a una búsqueda que parece no acabar nunca. Sin embargo es este el reflejo de la escucha, reflejo sonoro y visual, escuchado y visto, que provoca una reacción, entre fugas, constantes intentos de distracción o intensas permanencias, como canta bellamente el adagio benedictino: *Escucha hijo...* son las primeras palabras que nos introducen en la regla de San Benito y que casi en seguida, en el mismo prólogo se tornan imperativo activo: *levantémonos... ya que la Escritura nos exhorta...*

Entonces, otro dato importante: la relación entre la escucha y el movimiento es fuerte. La realidad busca complicidad, y entre claroscuros resuena como apelación, cada día, a muchos oídos despiertos y atentos.

Probablemente es ésta la escucha como acto verdaderamente religioso, es decir capaz de *re-legare*, crear lazos, restablecer relaciones en un tejido de complicidades.

El silencio, puerta de entrada, entonces, para una escucha que nos permita volver a acoger, a ensanchar espacios mentales y de nuestras entrañas





## 4. LA PARADÓJICA PUERTA DE ENTRADA: EL SILENCIO

Sin embargo, lo que escuchamos no son simplemente ondas sonoras, provocadas por una voz, un instrumento, un ruido, sino más bien paradójicos elementos de la vida, realidades elocuentes así como herméticas, sonidos y silencios, suspensiones y largas pausas del sentido de la vida misma, de los acontecimientos y de los otros. A veces acontecimientos *sin gracias ni belleza...* (cf. Is 53, 2) Un sentido que hay que descubrir, desvelar, porque casi nunca es inmediato como nos gustaría. La escucha *se efectúa en un recorrido* —parafraseando a la filósofa Carmen Pardo Salgado— no sólo en el órgano auditivo interno, sino en la realidad existencial y cotidiana de nuestras vidas: intersticios de los espacios familiares o del trabajo, tiempos reales y cronológicos, pasados en medio de ruidos o silencios. Espacios públicos en las plazas en las que irrumpe la voz de la sabiduría (cf. Pro 9,1-4) o en las “celdas” o pozos interiores de cada uno en largas horas de soledad. Espacios místicos y políticos al mismo tiempo; espacios ético-contemplativos, donde lo que vivimos es más parecido a un lento aprendizaje que al logro de algo que habíamos programado.

Ninguna sabiduría, ni filosofía de vida, han confinado la escucha a espacios y tiempos privilegiados, aunque a veces sí, lo intentaron. La escucha es una persistente constante en la vida de cada una/o; el gesto más repetitivo de los seres humanos, entre *lectio, ruminatio, meditatio* (...) como diría la antigua tradición cristiana. El gesto oportuno, dentro de la silente realidad que nos rodea. En realidad es difícil dar sentido a este título: antropología de la escucha (...) porque la realidad, la fatiga, el vivir, las emociones del ser humano, sus sensibilidades anímicas, están fuera de cada palabra o concepto, así que, paradójicamente en esta economía, el sinónimo verdadero de la escucha es el silencio. Ese silencio que como dije al comienzo, citando al compositor John Cage, es el que nos permite percibir hasta la sonoridad de nuestra sangre o de nuestro sistema nervioso. Ese silencio es la posibilidad creativa más bella que el ser humano tiene, para poder emprender el largo diálogo con la realidad. No un privilegio, ni una separación de la realidad, sino la verdadera posibilidad de crear el espacio. El silencio; para algunos, simple *intuición contemplativa*; para otros, *punto de partida* frente a algo que apenas se vislumbra



En cada tradición religiosa y sapiencial, en torno a la escucha nace una pedagogía, indicando un itinerario verdadero y exacto: para algunas/os *lectio*, para otros estudio, silencio, o mirada.



y que parece abarcar dimensiones que superan aquellas síntesis lógicas y calculables de nuestras vidas. El silencio, *punto de llegada*, resultado de un largo aprendizaje de aproximación a la realidad, despojamiento de todo concepto, epílogo o juicio seguro. El silencio, puerta de entrada, entonces, para una escucha que nos permita volver a acoger, a ensanchar espacios mentales y de nuestras entrañas. Que nos permita recuperar relaciones perdidas o simplemente ignoradas, por pensar en ser los poseedores de la verdad o de la razón primera y última, frente a una belleza o verdad, *plural y otra*. Acordémonos de que el mismo pueblo bíblico, desde el cielo, *o desde el fuego* ardiendo, *no* recibió un libro sino que escuchó una voz.

La escucha entonces no es el arrogante estilo de quienes ya tienen respuestas porque ya oyeron y fijaron todo en sus síntesis ciertas. La escucha es la insuficiente e incierta visión que se engendra cada vez que se encuentra alguien o algo y que se transfigura en la necesidad de escuchar todavía más. Entonces, escucha, búsqueda, visión son el difícil itinerario de la vida, entre la *repetición (mishná)* y el *estudio (talmud)* —como escribe Marc-Alain Ouaknin— *mientras se aprende cotidianamente “la paciencia del sentido”*<sup>5</sup>.

Escuchar, en efecto, no es un acto espontáneo, sino un movimiento de to-

das las fibras de nuestro ser. Escuchar —reitero— es un recorrido, diríamos un difícil recorrido de la historia humana. Por la escucha o la no escucha, la historia ha tejido lazos de vida o de muerte, ha eliminado y sigue eliminando, silenciando, matando personas, explotado sin tregua recursos naturales, géneros, enteras culturas y religiones... La escucha o la no escucha tienen el poder de dar la palabra o de quitarla, de vivificar la memoria o de borrarla. Este gesto, por lo tanto, no es tan neutral como pensamos y no está relacionado sólo con la intimidad de nuestras historias personales y privadas. Por eso, en cada tradición religiosa y sapiencial, en torno a la escucha nace una pedagogía, indicando un itinerario verdadero y exacto: para algunas/os lectio, para otros estudio, silencio, o mirada.

Concluyo citando una vez más al músico y compositor John Cage: *En esta pieza se supone que no estás escuchando la “música”, más bien que estás escuchando los ruidos que de otra manera te habrías perdido. Ese es el arte de la pieza, la apreciación de los ruidos de fondo...* (el sonido del silencio). Ojalá también nosotros podamos escuchar algo y a alguien que hasta hoy nos habíamos perdido: religiones y religiosidades, cultura y culturas, géneros humanos y cósmicos...

## NOTAS

- <sup>1</sup> CAGE, John, músico y compositor norteamericano (1012-1992) autor de *Escritos al oído*, 1999. p. 52.
- <sup>2</sup> Cf. “Antropología”. *Diccionario de filosofía*, Herder. Barcelona 1996.
- <sup>3</sup> PANIKKAR, Raimon, *El silencio de Buda. Una introducción al ateísmo religioso*, 2000. pp. 40-41.
- <sup>4</sup> Cf. André Chouraqui. *La vita quotidiana degli uomini della bibbia*, 1988. p. 220.
- <sup>5</sup> OUAKNIN, Marc-Alain, *Bibliothérapie. Lire, c'est guérir*, 1994. p. 25. Citado por MESCHONNIC, Henri, En: *Un golpe bíblico a la filosofía*, 2007. p.67

## REFERENCIAS

- CAGE, John, músico y compositor norteamericano (1012-1992) autor de *Escritos al oído*. 1999. p. 52.
- Cf. “Antropología”. *Diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona 1996. PANIKKAR, Raimon, *El silencio de Buda. Una introducción al ateísmo religioso*, 2000. pp. 40-41.
- Cf. CHOURAQUI, André, *La vita quotidiana degli uomini della bibbia*, 1988. p. 220.
- OUAKNIN, Marc-Alain, *Bibliothérapie. Lire, c'est guérir*, 1994. p. 25. Citado por MESCHONNIC, Henri, En: *Un golpe bíblico a la filosofía*, 2007. p.67.